

Entre el surrealismo y la locura

LEONORA CARRINGTON, EN ESPAÑA

A PARECIO en el París surrealista, al filo de los cuarenta, de la mano de Max Ernst, el prodigioso pintor. Leonora Carrington, bella y cambiante, terriblemente joven —apenas veinte años—, entra en la iconografía femenina de los hombres de Breton por derecho propio. Su sensibilidad extrema, sus poderes imaginativos y pictóricos, su versatilidad especialísima, hacen de ella otra Musidora, otra Nadja. Como ellas, va a recorrer los caminos de la razón y de la locura. Como ellas, va a traspasar las más íntimas fronteras del hombre.

El París que encuentra es el que más puede apetecer a una joven inquieta, recién salida de una familia poderosísima. Los Carrington son los más importantes propietarios de la Imperial Chemical, «trust» inglés de la química. Leonora, a diferencia de los artistas surrealistas, está acostumbrada al dinero y al poder. Ahora entrará como niña mimada del grupo contemporáneo más selecto, formará parte de esa corriente llamada a revolucionar el arte y las letras de nuestro siglo.

En estos días imprecisos, anteriores a la segunda guerra mundial,

el surrealismo está pujante. Los acontecimientos políticos y sociales se transparentan en vívidas polémicas, excomuniones y esclarecimientos de posturas. A vueltas entre la Tercera Internacional y la oposi-

que llenaron de escándalo los años veinte. De todo este mundo sacará Leonora Carrington los medios técnicos de su expresión y la base de explicación de su experiencia. En pintura, a la hora de hacer cuentos,

Rosa María Pereda

ción de izquierda, el surrealismo busca su claridad ante el proyecto revolucionario, y se divide incesante y dolorosamente. Aparece el Segundo Manifiesto Surrealista, investigando las relaciones del arte y la sociedad, de manera abierta y aguda. Las prácticas espectaculares de un Dalí, recién expulsado del grupo, resuenan todavía. Exposiciones internacionales, donde al lado de las maravillosas transparencias se exhiben objetos voluntariamente inútiles y extrañamente significativos.

El grupo surrealista, que busca su especificidad al tiempo que su claridad política, continúa entrando en los terrenos oscuros del inconsciente, de la magia, del hermetismo. La locura les atrae poderosamente, y todavía se recuerdan aquellas sesiones de hipnotismo voluntario, peligrosas y espectaculares,

En *Abajo*, el texto sobrecogedor donde narra su viaje a España y a la demencia.

«Abajo», del otro lado de la razón

La «caza de brujas» nazi llega hasta Saint-Martin d'Ardeche y hasta la persona de su compañero Max Ernst, que es conducido por segunda vez a un campo de concentración. Leonora Carrington, de familia anglojudía, escapa con una amiga camino de España. En el viaje, la visión de las víctimas de la guerra recién comenzada toma caracteres de aviso y premonición. Toda la realidad que las dos mujeres van recorriendo le parece a Leonora parte de un inmenso discurso enloquecido, donde ella tiene cierto sello de elegida, y un extraño poder

de control sobre las cosas. Lo que sucedió en este viaje al otro lado de la locura lo redactará tres años más tarde, bajo la mirada de un antisiquiatra surrealista: Pierre Mabille. *Abajo* es el título de este documento estremecedor (1).

Desde fuera, los hechos son simples: Leonora Carrington, ya en Madrid, a principios de verano del año cuarenta, comienza a dar señales de locura. Delirios, melancolismo, sueños de grandeza. Le ha tomado fobia a determinado ciudadano holandés —un tal Van Ghent, judío, al que cree agente nazi— y le acusa de hipnotizar al pueblo español y a sus gobernantes. Intenta, pues, fórmulas de exorcismo, que escandalizan al personal del hotel Roma, donde se hospeda. Por consejo del doctor Pardo, psiquiatra madrileño, es sometida a tratamiento, Semiconsciente a efectos del Lumnal, es conducida a Santander e internada en «Villa Pilar», la clínica psiquiátrica de don Mariano Morales. Su hijo, don Luis, le aplicará los remedios de la época: Cardiazol, que provoca crisis epilépticas; un «absceso de fijación» —una inyección de trementina—, que la mantiene dolorida y en cama, a falta de calmantes, inexistentes entonces. Tras cuarenta días de estancia en la clínica, recupera la «normalidad» y es dada de alta. Sabemos que, protegida por familiares y amigos, pasa a Portugal y de allí a México, que se va convirtiendo en la segunda ciudad surrealista. Efectivamente, cuenta allí con el apoyo de sus amigos, Benjamín Péret y Remedios. Vuelta de la locura, pintará, escribirá, rehará su vida. La revista *Siempre* le ha dedicado este año (el 1 de enero) un suplemento, donde se pueden ver, además del texto *Abajo*, sus últimos poemas, unas hermosas reproducciones de sus cuadros y numerosas fotos y dibujos.

Pero *Abajo* es mucho más que una colección de anécdotas: es una investigación dolorosamente sacada de las profundidades de la persona, cuando la sensibilidad exacerbada embota el sentido común, cuando una interpretación simbólica del mundo, básicamente directa e irracional, choca con la visión comúnmente admitida. Es una investigación comunicativa, propiciada por una terrible experiencia personal, pero que conecta con las preocupaciones surrealistas, con sus teorías y logros. Detrás de los medios retóricos con los que evi-



Al lado de unos dibujos, donde reflexiona sobre su nacimiento en un juego numérico y cósmico, una descuidada sucesión de signos no asociados y una extraña lectura de la guerra.

(1) Publicado en VERSIONES DEL SURREALISMO (Antología de textos surrealistas preparada por César Moro). Tusquets Ed. Barcelona, 1974.



Leonora Carrington y el doctor Morales, en el jardín de «Villa Pilar», pocos días antes de ser dada de alta.

dentamente cuenta, palpita una persona que ha transitado los márgenes de lo establecido y permitido, y que ha conseguido comunicarnos este camino. Y esto es lo que ahora nos interesa.

La «locura» de Lady Carrington

En su viaje a España, Leonora, a quien los surrealistas llamaban

Lady Carrington, descubrió un mundo nuevo y distinto. Se le disolvieron las fronteras de la razón y sintió cómo la realidad que veía y sentía adquiría un significado total y mágico. No de otra manera podía interpretar a que el caos, aquella auténtica esquizofrenia colectiva que era el nazismo, del que era víctima real, y la guerra. La Naturaleza se le empieza a vertir como dominada, subyugada por sus encantos de elegida. El año de su nacimiento, 1917, por su carácter de crucero histórico, le hace sentirse así. Ella se cree una de las videntes del mundo futuro prometido por la Revolución de Octubre.

La promesa, una constante cultural del pueblo judío, retornará en «Villa Pilar». Toda su vida en la clínica será sentida como el largo camino que le conduce al premio final: «Abajo», donde está el «apoyento de la luz». Efectivamente, «Abajo» es el pabellón sin rejillas, el más confortable, «delicioso, todo el mundo es feliz allí». Y el doloroso tratamiento psiquiátrico, que nunca ha comprendido —que nunca le ha sido explicado— aparece en el contexto de sus fantasías como el cúmulo de pruebas míticas que ha de superar hasta alcanzar «Abajo», el paraíso.

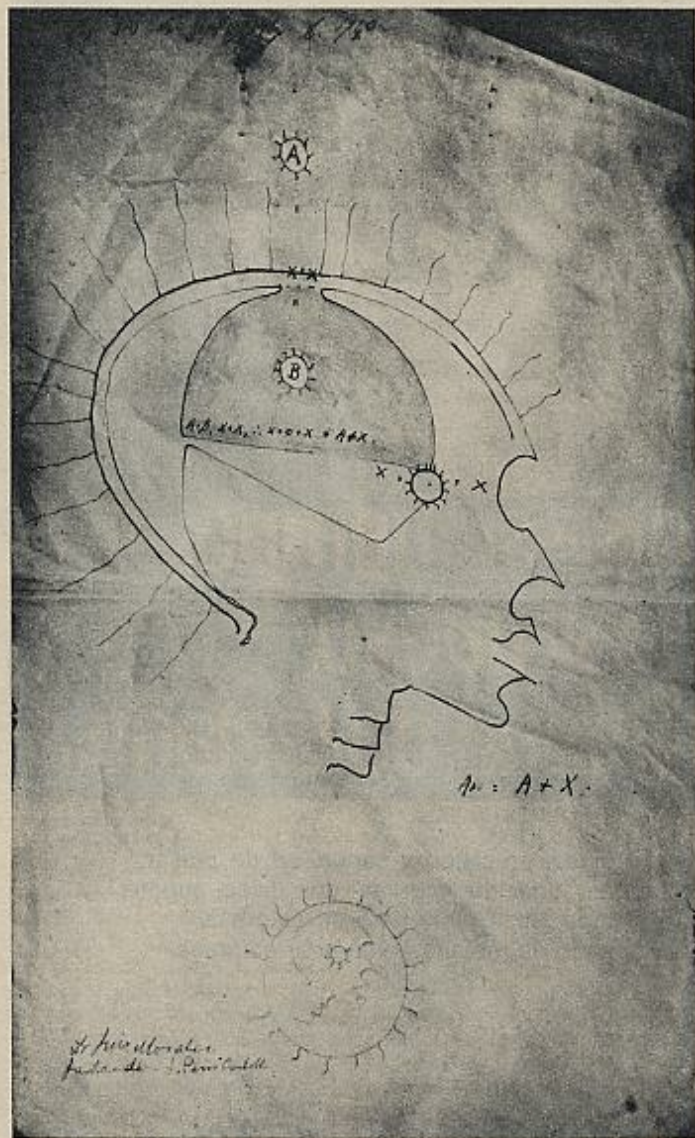
En este ambiente se sitúan sus ritos solitarios, que, como todos, son el intento de comunicación con las propias vivencias. Cada hecho cotidiano, desde el desayuno a la visita diaria del psiquiatra, adquiere así una segunda naturaleza, una segunda lectura. Los objetos van siendo investidos de poder y, sobre todo, de significación. El mundo es un total misterioso que Leonora reduce a números, a textos, a dibujos. El médico, señor de «Villa Pilar», incide en su persona de manera compleja: el juego de la dependencia, la intimidad, la atracción y el rechazo, le da al doctor Morales, en la persona de Leonora, un carácter sacerdotal y confuso. El es la encarnación de las fuerzas —básicamente enemigas— que hay que atraerse y convocar. Todo significa de manera distinta en esta cabeza sin fronteras. Lo misterioso vuelve a intranquilizar a un hombre del siglo XX, a una mujer que recupera el sentido de totalidad que poseían los primitivos.

La plasmación de este mundo, plástica o escrita, es común en el arte y en las letras contemporáneas, y especialmente en los surrealistas. Para Octavio Paz, el surrealismo no es más que eso: el espíritu que niega un universo exclusivamente medible y fungible —esto es, racional— para reivindicar un mundo significador, de realidades esenciales y objetivas, que mantienen con el hombre una relación de signo, es decir, de misterio. Mientras la razón vigila, mientras la conducta cotidiana no se ve trastocada por esta visión, puede ser tolerada. Pero cuando esta segunda lectura de lo real, casi mística, pero finalmente lúcida, extraordinariamente directa y sensitiva, totalizante y bella, se inmiscuye en la vida diaria, entonces el individuo en cuestión está loco. Ha de ser encerrado hasta que recupere su normalidad. El horizonte de nuestros antepasados, su sentido mitológico del mundo como señal total en nuestra época está en los manicomios.

A la vista de esta realidad, los surrealistas niegan la locura. Denuncia la injusticia del trato a los llamados alienados. Es más, consideran la demencia igual que los antiguos: como una fecunda fuente de conocimiento. Los locos dicen la verdad, una verdad distinta y hermosa, a tener en cuenta. Esta es la gran lección surrealista, la que Leonora Carrington sufrió en su persona, y la que hizo plástica en sus cuadros alucinados, semejantes al Bosco, donde los extraños genios del Bien y el Mal, humano y material, convocan formas y colores increíbles, terroríficos, misteriosos. Misterio y no locura es la clave para la comprensión de aquel verano alucinado de Lady Carrington. Y de todas las esquizofrenias demenciadas en los manicomios del mundo.

La lectura de la guerra (acerca de un texto inédito)

Según nos cuenta en *Abajo*, y según nos confirma el propio doctor Morales, uno de los quehaceres diarios de Leonora en «Villa Pilar», tan pronto despertaba, era «elaborar el horóscopo del día», y enviárselo inmediatamente a don Luis. El conserva tres de estos dibujos interpretativos y un hermoso cuadro al óleo, material que nos permite reproducir hoy aquí. En ellos, y en sus propias manifestaciones escritas, se descubre en concreto esta visión totalizante que centra nuestro análisis. Efectivamente, la ruptura pasajera de la razón común permitió a Leonora Carrington sumirse en la totalidad del cosmos, en una unidad que trascendía el universo cotidiano para impregnar la Historia y el mundo exterior, para implicarlos en su propia persona gracias a tratamientos matemáticos, gracias a operaciones numéricas y combinatorias, semejantes



El doctor Morales encarna al Sol, andrógino de la Luna y oponente de Leonora Carrington. (Dibujo mágico, fechado el 6 de septiembre de 1940.)



Pulse su tiempo con el nuevo teléfono de teclado.

La mayor rapidez, precisión y seguridad de pulsar con teclado, en lugar de "marcar" con disco, supone un nuevo tiempo, importante para su empresa. El nuevo teléfono de teclado llama a su empresa. Póngase.



Compañía Telefónica Nacional de España

LEONORA CARRINGTON

a las de los ocultistas y los textos herméticos. Cercanas a la alquimia bíblica, a la cábala, y conectadas con el sentido textual numérico del misterio y de los libros, propio de los judíos.

El texto que reproducimos es una reflexión encabezada por la fecha «6 de abril de 1917», la de su nacimiento. Si en su viaje por las tierras llenas de cadáveres SABE que no va a morir, ahora entiende y posee la clave de la salvación del mundo. Los sucesos de la guerra europea son interiorizados, conectados con la propia persona, pasan a ser parte importante de esta visión maravillosa en que se va convirtiendo su vida. Esta visión que es su locura. Como puede verse en la foto, al lado de unos dibujos que representan herméticos problemas cósmicos, y cerca de una descuidada sucesión de palabras italianas, nombres propios y diagramas, signos no asociados, podemos traducir de un inglés perfectamente coherente:

«En el año 1914, el mundo fue destruido por el fuego, la Gran Guerra. El mundo de 1940 se me aparece como un lógico resultado del hastio de 1914, que ha reducido a cenizas toda la faz de la Tierra. El reptar de la muerte comenzó a helar el pasado septiembre, cuando el Capital bloqueó todos los países. La gente olvidó que el dinero es una abstracción, un alimento, una necesidad. Inglaterra culpó al acero de provocar un auge de la mercancía al recrearnos en el miedo a su

escasez. Sólo en España (inmenso cementerio de ruinas y fantasmas) puede encontrarse la solución. Es un hecho, que una cosecha destruida por el fuego fertilizará la tierra cuando comience a llover. Esto significa que el fuego es purificador. La tierra exige que se la riegue con dinero (o con el acero que Inglaterra está almacenando en los mares). Las medidas políticas ya han sido tomadas. El mundo se ha convertido en una amarga broma del dinero. Hitler en una farsa de Chamberlain, viejo loco y avaro: Hitler debería volver a su casita de reloj de cuco, el Rey de Inglaterra a su partida de golf, y todos los gobiernos que tienen ismos, ya sean demócratas, Realistas o Plutócratas, deberían ser cambiados. El dinero no debe continuar siendo un papel, sino pasar a ser Oro, mercancía de conocimiento». (Santander, 4 de septiembre de 1940.)

Habla el doctor Morales

Si el sujeto central de este drama mágico es Leonora Carrington, el elemento razonador y «normal» de la historia es el psiquiatra que la trató, don Luis Morales. Mantengo con él tres conversaciones de varias horas, la última con grabadora. Don Luis tiene un hablar pausadísimo, de un ritmo monótono y profesionalmente psiquiátrico. Con un acento muy germanizado, se me presenta como «un médico oficial-

mente anciano —tengo sesenta y seis años— que empezó por ser «médico bracero», tecnócrata; que en una vivencia de contracultura me fui al otro lado y estudié filosofía y teología, y no me hice sacerdote, no por el celibato, sino por la obediencia. Pasé a la psiquiatría y en la psiquiatría estoy. Y al ver tan estéril nuestra labor; al ver que no era más que pura praxis disfrazada de ciencia, históricamente, neuróticamente si usted quiere, me asomé a entender, a pretender entender la ciencia como una. Por eso, hoy me declaro neosocrático puro».

Comienza a hablarme de Leonora Carrington:

—La conocí en el año cuarenta, como profesional. Ella sufría entonces una psicosis que puede llamar-

se marginal, que al pasar el accidente no deja rastro. Por lo tanto, no se le puede llamar locura, ni esquizofrenia, ni puerilidad.

—¿Qué tratamiento se le dio?

—El que existía en aquel momento del desarrollo de la psiquiatría. Era cuando se iniciaba la crisis de la especialidad, comenzaban los tratamientos biológicos, y el Cardiazol era sólo un paso más de lo que se había empezado en Viena, en los primeros años del siglo, con el tratamiento de la parálisis general. Los procedimientos terapéuticos son buenos conforme la relación hombre-mundo a través de la cultura. Hoy todos aquellos tratamientos serían absurdos, porque han cambiado las manifestaciones del hombre concreto, aunque el hombre en sí sea el mismo.

—¿Cuánto tiempo estuvo en su clínica?

—No recuerdo bien, pero estaría unos cuarenta días.

El doctor Morales me enseña entonces los dibujos de Leonora Carrington, esos documentos inéditos que guarda cuidadosamente enmarcados.

—Estos dibujos son la representación del caos de su intimidad, y de ese momento interesante de cambio social que prevenía la segunda guerra mundial.

—¿Quiere decir que en la crisis de Leonora influía la situación europea?

—Completamente. A ella, como a otros enfermos, le tocó ser la víctima. Ella fue una manifestación del cambio, o crisis, o agonía —como diría Unamuno— de un estado en la vida pre-segunda guerra mundial. Ella era una perfecta hija honrada de su tiempo.

—¿Cómo valoraría usted su pintura?

—Es difícil, sobre todo en estos momentos en que la caracterización de las enfermedades mentales está amenazada más que de una evolución, de una revolución. Con salsa vieja, si usted quiere con infantilismo psiquiátrico-cultural, fue la pintura de un estado onírico, de una disociación y disgregación de



La muerte observa a los amantes. Para Leonora, el amor es, a la vez, vida y muerte. (Dibujo sin fecha.)



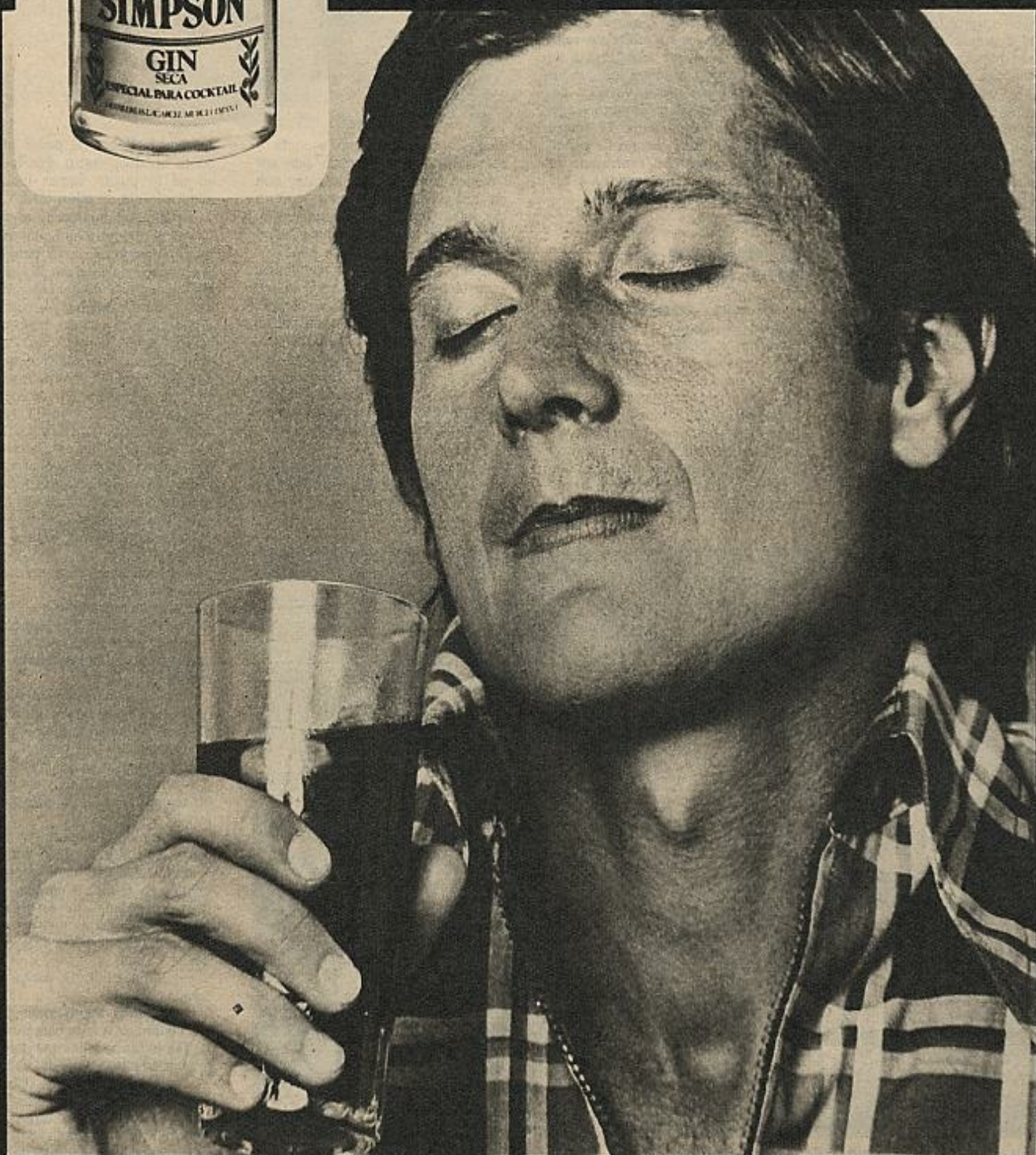
Pintura al óleo, plenamente surrealista, que ha podido admirarse en varias exposiciones internacionales de pintura patológica.



¡Mmmm!

Un sorbo bien combinado.
A su antojo: tónica, limón, cola... Y siempre hielo.
Y un sabor familiar con ese toque divertido de un buen Gin.
Mas algo muy particular que... ¡Mmmm!
Atrévase a definirlo usted mismo.

GIN SIMPSON



LEONORA CARRINGTON

la personalidad, de lo que se viene llamando hasta ahora —pero creo que no por mucho tiempo— esquizofrenia.

—Pero esta disociación era la que buscaban, o encontraban, los surrealistas, ¿no?

—Para mí los surrealistas, más que buscar una disociación de la personalidad, ante una situación saciada de sentimientos, de posturas en el arte y en la pseudociencia, buscaban la explicación de un desarreglo existencial. Los surrealistas quieren convivir con la realidad del momento histórico, con el mundo preconsciente, con el mundo de la intimidad. Pero eso no significa que no sea una expresión artística que acusa el momento cultural e histórico.

—¿Para usted era surrealista Leonora Carrington?

—Surrealistas... somos todos, cuando somos honrados con nosotros mismos, cuando nos sumergimos en la forma primitiva de nuestra personalidad. Pero tengamos presente que también tenemos una razón para actualizar todas las verdades que existen en potencia, desde que el hombre está en el mundo.

El doctor Morales me arrastra a un terreno que trasciende de nuestro tema, y donde se encuentran la semántica y la antisiquiatría, la física y la contracultura, la matemática moderna y el arte primitivo. Me da noticia de los personajes que recuerda Leonora: Frau Asegurada, la enfermera; vive en Nueva York. José, uno de los celadores, es bombero en Santander. Félix, el otro, ha muerto. Pladosa, la doncella, emigró a Sudamérica... En un momento, con el magnetofón apagado, se vuelve sobre su mesa de despacho y me dice:

—Ya ve, a mí me interesa todo. Ahí tiene un libro sobre neurofisiología a la luz de la ciencia atómica. Un Botticelli y su problema del color. Una tarjeta que me hace pensar sobre Carlos quinto en Yuste, obsesionado por mantener en punto sus mil relojes... Si al primero que me pregunta por Leonora Carrington, que es usted, me he atrevido a diagnosticarla de sicosis, incluso de esquizofrénica... ¿qué habría de decir de Carlos quinto en Yuste? En realidad no me puedo atrever a diagnosticar ni a Carlos quinto ni a Leonora Carrington.

Y termina:

—Agradezco, mucho más de lo que ella se figura, a Leonora Carrington, ese sincero y finalmente cariñoso recuerdo que me hace en su texto **Abajo**, a mí que, seguramente, sería otra víctima de los pogromos de la segunda guerra mundial.

La locura y el arte

Pierre Mabille advertía que el texto **Abajo** habría de leerse acom-

pañado de un estudio psicoanalítico, de los conocimientos de un crítico literario, del concurso de un ocultista. Lo que es cierto es que la experiencia de Leonora Carrington en España nos abre una serie de interrogantes.

Los primeros, los más inmediatos, se refieren a la psiquiatría y sus instituciones. A su papel, felizmente controvertido, a esa extraña inseguridad que nos entra cuando comprobamos la falacia de las curaciones mentales, el carácter puramente sociológico de la locura, la violencia de los tratamientos dirigidos a la reducción del enfermo, más que a su posible «vuelta a la razón», el carácter carcelario de las instituciones psiquiátricas, destinadas al aislamiento del «antisocial». Efectivamente, la esquizofrenia es una valoración distinta de los estímulos que el mundo nos ofrece. Tan lícita como la consagrada por el sentido común de un determinado momento histórico, y que sólo se demencia en el encierro, en el manicomio. Casi nos vemos tentados a reivindicar la demencia contra la robotización a que estamos sometidos. Tal harían los surrealistas.

Más tarde nos preguntamos sobre la riqueza de un conocimiento especial de la realidad, en que las cosas adquieren vida propia, en que el universo se explica a sí mismo, en que la persona encuentra su función en contacto directo con las cosas. El autor del libro de Job, alquimista, exótico, mitológicamente paciente, llega por la reflexión y la meditación a una visión parecida: el mundo unitario, sin las fronteras del yo y de las cosas. Habría que encerrar al propio Job.

Por último, ante la belleza del relato y la pintura de Leonora, tan cercana a los mundos paralelos de Kafka, sobre todo, y de Lovecraft o de Joyce, nos podemos preguntar qué pasa con lo mejor de nuestro arte, que está tan cerca de la demencia. Los surrealistas responden que la razón no hace arte, que el subconsciente, la parte sumergida del iceberg humano, es el agente del placer estético, que la casualidad, ese invento de la lógica cartesiana, es su mejor aliado, y que en las zonas vacías entre las palabras y los objetos ilógicamente asociados, anida la belleza más sorprendente y efectiva. Y uno se siente tentado a suscribirlo.

Mientras, Leonora Carrington, la que tuvo el privilegio de cruzar la frontera de la razón, vive todavía en México, el país más surrealista de todos, donde, a decir del doctor Mabille, «la muerte y la vida no tienen fronteras, donde el fuego está siempre presente, a flor de un suelo sacudido por un temblor ininterrumpido, y en donde gruñen todavía, como en tiempo de Moctezuma, los dioses inmisericordes de los indios». ■ R. M. P.

LA VERDAD DE PORTUGAL VISTA POR SOARES



PORTUGAL AMORDAZADO MARIO SOARES

Mario Soares, ministro del actual Gobierno portugués, explica la mordaza que ha oprimido a su pueblo durante más de medio siglo de dictadura. El asesinato del general Delgado; la lucha clandestina

de los que, como Soares, conocieron prisión, tortura y deportación, son expuestas por el que fue cabeza de la lucha por la libertad en Portugal y es hoy su más cualificado representante.

Col. Dossier Mundo. 400 pesetas

ADEMAS: DOS NUEVOS BEST-SELLERS DOPESA

EL NACIONALISMO VASCO

STANLEY G. PAYNE

Payne analiza la E.T.A., fenómeno social y político.

Colección Imágenes Históricas de Hoy.

400 pesetas



LA EMPRESA CON ROSTRO HUMANO SERVAN-SCHREIBER

¿Hacia un nuevo capitalismo de empresa o hacia una Empresa no capitalista?

Colección Problemas Contemporáneos 160 pesetas



SON LIBROS

DOPESA

AV. INFANTA CARLOTA, 122, BARCELONA-15 ● LAS LIBRERIAS

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS